

Bajo un gobierno que encarcele a alguien injustamente, el sitio adecuado para una persona
justa es también la cárcel.

-Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*

De lo que sucedió un noche en el centro de Saltillo...

por monito ciudadano

La primera vez que me subió la policía a una patrulla tuve una sensación de pequeña victoria. Un sábado por la noche, en el centro de Saltillo, un vagabundo dormía tranquilo bajo unas cobijas gruesas a lado de su casa, es decir una bolsa. No molestaba a nadie; alguien que duerme no altera el orden público. Pues bien, yo había salido aquella noche a beberme unas cervecitas con amigos. Quedamos en el Cerdo de Babel y cuando llegamos José Arturo y yo, advertimos que el hombre dormía como roca. Nos sentamos en las banquitas de afuera para esperar a los demás. De pronto escuchamos la torreta de una patrulla y tres elementos armados se bajaron de esta. El sonido despertó al hombre, o no sé si fue la "patadita" que le dio el oficial. Yo y mi amigo no teníamos mucha visibilidad de la escena y no escuchamos lo primero que se dijeron, pero sí cuando el policía dijo "Que ya te dijimos que no puedes estar aquí, chingado." El hombre modorro, de voz áspera, como la de los abuelos fumadores, les dijo que ya ni la chingaban y que por qué lo despertaban, que ahora qué había hecho y esas cosas. "Te vamos a subir si no te mueves, padre." "Ya llégale, abuelo." dijo otro policía, pero el hombre se rehusó. "¡Ah sí! ¿Te vas a poner así?," ¿Te vas a poner así, padre?" dijeron. ¡Y que el abuelo no se va a mover de su improvisada cama! Un oficial se acerca y lo jala de las cobijas haciendo que el hombre, después de dar media vuelta, caiga contra el pavimento de costado: "¿Lo vamos a hacer por las malas entonces, padre?" José Arturo y yo ahora sí nos acercamos y preguntamos que si todo bien. "Si, güero.", "¿Lo tiraron medio gacho, no?" "No se metan, chavos." dijo una policía que bajaba de una segunda camioneta que justo llegaba. Dos policías agarraron al hombre y lo levantaron por la fuerza. El hombre entendió que ya no podía hacer mucho, "Deje sólo me pongo los zapatos, jefe." Y ya iba a ponérselos, cuando le torcieron el brazo: "Nada más no te me vayas a querer pasar de chistosito, eh." "Ya entendió, oficial, no tiene que hacerle eso." le dije: "Ya les dijimos que se fueran de aquí chavos."

Escoltamos al hombre cuando la policía lo llevaba a la patrulla para asegurarnos que no fueran tan bruscos con él. Yo sentía que comenzaron a ser menos agresivos porque estábamos de testigos, pero en cuanto ya no estuviéramos, iban a poder tratar al hombre como quisieran. Y como era un vagabundo, ¿quién lo buscaría? Si era un olvidado, un

lastre. En aquel momento imaginé a los policías tirando el cuerpo del hombre en un descampado. Así que les dije que me llevaran a mí también. Un policía se rió. Se voltearon a ver entre sí y no supieron cómo reaccionar porque si una persona no se oponía a su fuerza con más fuerza ¿cuál era el propósito de aquel intercambio? Para entonces, había doce policías porque llegaron otras dos patrullas cuando estábamos esposados. José Arturo me miraba desde la calle con una sonrisota. Una tensión se esfumó. Entonces sentí que los cuerpos importaban y protegerlos de violencias innecesarias no sólo debía ser una garantía, también una obligación ciudadana. Sé que mi acción podría no tener impacto más allá de la noche, pero camino a los separos, con una mirada cómplice, el hombre me sonrió. La primera vez que me llevó la policía en una patrulla tuve una sensación de pequeña victoria.